



TOMO IV.—NÚM. 48.

ANUNCIOS: á precios convencionales.

Número suelto, un real.

DIRECTOR: VALENTÍN L. CARVAJAL.

Administración, Lepanto 18.

ORENSE.—SABADO 16 DE DICIEMBRE DE 1876.

AÑO III —NÚM. 201.

SUSCRICION: tres pesetas trimestre

en toda España.

SUMARIO.—Defensa de las mujeres, por Fr. Jerónimo Feijóo y Montenegro.—La muerte de Feijóo, por Jesus Murais.—Una romería en Galicia, por Jacobo Araujo.—Los casados, por Luis Taboada.—La madre con el niño que duerme (poesía), por Luis de Castro Valladares.—Sección local.—Anuncios.

## DEFENSA DE LAS MUJERES.

### XVII.

Las francesas sabias son muchísimas porque tienen mas oportunidad en Francia, y creo que tambien mas libertad para estudiar las mujeres. Reduciremos su número á las mas famosas.

*Susana de Habert*, mujer de Carlos de el Jardin, oficial del rey Enrico III, supo Filosofía, y Teología: fue muy versada en las doctrinas de los Santos Padres. Aprendió las lenguas Española, Italiana, Latina, Griega, y Hebrea. Pero para su verdadera gloria contribuyó mas su piedad cristiana, en que fue extremada, que su vasta sabiduría.

*Maria de Gurnay*, Parisiense de ilustre familia, á quien el sabio Domi-

nico Baudio dió el nombre de *Sirena Francesa*, alcanzó tan gloriosa fama de ingenio, y literatura que apenas hubo hombre grande en su tiempo que no se hiciese mucho honor de tener comercio epistolar con ella; y así se hallaron en su gabinete, cuando murió, cartas de los Cardenales Richelieu, Bentivollo, y Peron, de San Francisco de Sales, y otros esclarecidos prelados, de Carlos I, Duque de Mantua, del Conde de Arlés, de Ericio Puteano, Justo Lipsio, Mons. Balzac, Mainardo, Heinsio, César Capacio, Carlos Pinto, y otros muchos de erudicion sobresaliente en aquella edad.

*Magdalena Scuderi*, llamada con mucha razon la *Sapho de su siglo*, pues igualó á aquella celebradísima Griega en el primor de las composiciones, y la excedió mucho en la pureza de costumbres, fué grande en la doctrina, pero incomparable en la discrecion, como testifican sus muchas y excelentísimas obras Su *Artemenes*, ó *Gran Ciro*, y la *Clelia*, que debajo de el velo de novelas esconden mucho de verdaderas historias, á

manera de el *Argenis* de Barclayo, son piezas de sumo valor, y que en mi sentir, excedan á quanto se ha escrito en este género, asi en Francia, como en las demás naciones, á la reserva sola de el *Argenis*: porque la nobleza de los pensamientos, el armonioso tejido de la narracion, la patética eficacia de la persuasiva, la viveza de las descripciones, y la nativa pureza, magestad y valentía del estilo, hacen un todo admirable: á que se añade pára mayor realce el manejar con toda la decencia posible los empeños amatorios, representar con la hermosura mas atractiva las virtudes morales y con el mas brillante resplandor las heróicas. En atencion á las prodigiosas prendas de esta mujer, la vino á buscar el singular honor de recibirla por asociada todas las academias donde se admitian personas de su sexo. En la academia francesa llevó el premio señalado á las piezas de elocuencia el año de 1671; que fué lo mismo que declararla aquel nobilísimo cuerpo por la persona mas ocuente de la Francia. El Rey cristianísimo Luis XIV, á cuya comprension ningun mérito elevado se escondia, le señaló una pension de doscientas libras de renta. El Cardenal Mazzarini mucho antes le habia dejado en su testamento otra. Y otra tenia por la liberalidad de el sábio Canciller de Francia Luis de Boucheat; con que terminó llena de gloria una vida muy regular y muy dilatada el año de 1701.

*Antonieta de la Guardia*, noble francesa, hermosa y apuesta en cuerpo y alma; pues por ella se dijo, que la naturaleza habia tenido el gustazo de juntar todas las gracias de el espíritu, y de el cuerpo en una mujer; fué tan eminente en la poesia, que en un tiempo en que este arte muy cultivado y estimado en Francia, no hubo en todo aquel dilatado reino hombre alguno que le pusiese el pié delante. Sus obras se recogieron en dos volúmenes, que no he visto. Murió el año de 1694, dejando una hija heredera de su ingenio, y númen, que ganó el premio de la poesia en la Academia Francesa.

La Señora *Maria Magdalena Gabrielta de Montemart*, hija del duque de Montemart, y religiosa Benedictina,

nació con todas las disposiciones necesarias para las ciencias mas difíciles y abstractas, como dotada de feliz memoria, sutil ingenio y recto juicio. En su primera edad aprendió las lenguas Española, Italiana, Latina y Griega. Siendo á los quince años presentada á la reina de Francia Maria Teresa de Austria, inmediatamente á su entrada en aquel reino, hizo admirarse toda la Corte, oyéndola hablar la lengua Española con propiedad y elegancia. Alcanzó quanto hasta hoy se sabe de la antigua, y nueva Filosofia. Fué consumada en las Teologías Escolástica, Dogmática, Expositiva y Mística. Hizo algunas traducciones, entre las cuales es recomendadísima la de los primeros libros de la Iliada, y escribió sobre diferentes materias, ya de Moral, ya de Crítica, ya de asuntos Académicos. Sus cartas fueron estimadísimas, y el gran Luis XIV, las recibia con gran placer. Componia primorosos versos, pero pocos; y esos, despues de una simple lectura, los condenaba al fuego: sacrificio que hizo su humildad de otras muchas obras suyas, y hiciera de todas, si obrase solo por el propio dictamen. Su piedad y talento para el gobierno resplandecieron en igual grado que su doctrina. En consideracion de tantas, y tan altas cualidades fué elegida abadesa general de la Congregacion Fontevraldense, Orden de San Benito, que tiene la particularidad de que siendo compuesta de gran número de Manasterios de uno y otro sexo, repartidos en cuatro provincias, todos reconocen por universal Prelada suya á la abadesa de Fuentevraldo, Monasterio insigne, y no menor teatro de nobleza que de virtud, pues cuenta entre sus preladas catorce princesas, y en ellas cinco de la casa Real de Borbon. Aun fuera de Francia se estendió un tiempo la jurisdiccion de la abadesa de Fuentevraldo; siendo cierto como asegura el cronista Yepes, que los dos religiosísimos conventos de monjas, Santa Maria de la Vega de Oviedo, sito en el Principado de Asturias, y Santa Maria de la Vega de la Serrana, en tierra de Campos, estuvieron sujetos á la Prelada de Fuentevraldo, antes que se uniesen á la Congregacion de San Benito de

Valladolid. Llenó tan alto empleo la señora Montemart, con tanta satisfaccion de todo el mundo, con edificacion y acrecentamiento de su Congregacion, mandando dignísimamente á los hombres una mujer, que en el conjunto de prendas, si no fué superior á todos los hombres de su tiempo, por lo menos, en el concepto de los que la trataron, ninguno fué superior á ella; y murió llena de méritos el año de 1704.

*Maria Jacquelina de Blemur*, religiosa benedictina, compuso (dice el eruditísimo Mabillon en los *Estud., Monast. Bibliot. Ecclesiast.* par. 12) el año benedictino, siete volúmenes en cuarto. Elogios de muchas personas ilustres de la Orden de San Benito, dos volúmenes en cuarto.

*Ana Le-Febre*, conocida comunmente debajo del nombre de *Madama Dacier*, siendo hija de un padre doctísimo Tanaquillo Le-Febre, salió igual á su padre en erudicion, y mayor que él en la elocuencia, y en el primor de escribir con delicadeza y hermosura el propio idioma. Fué crítica de primer orden, de modo que en esta facultad, por lo menos en cuanto á autores profanos, no hubo hombre en su tiempo, ni en la Francia, ni fuera de ella que la excediese. Hizo muchas traducciones de autores griegos que ilustró con diferentes comentarios. Su pasión por Homero la empeñó en varias disertaciones, donde resplandecieron igualmente la viveza de su ingenio, y la rectitud de su juicio, manteniendo la preferencia de el poeta griego sobre Virgilio, contra algunos críticos que la impugnaron, especialmente contra Mons. de la Mota de la Academia francesa: y si bien que algunos partidarios de el poeta latino se pusieron de parte de Mons. de la Mota, no pueden negar que el voto de este era de corto peso, por ignorar el idioma Griego en que escribió Homero, y que sabia con perfeccion su docta compositora. Y por lo que mira á la justicia de la causa, hace gran fuerza el que á Virgilio solo algunos autores latinos, pero ninguno griego, le concede ventaja, ó igualdad con Homero; al paso que este tiene á su favor todos los griegos, y muchos latinos, entre quienes sobresale el discretísimo histo-

riador Veleyo Patérculo, dándole el alto elogio de que ni tuvo á quien imitar, ni le sucedió alguno que pudiese imitarle á él. Murió Ana Le-Febre pienso que ha tres, ó cuatro años.

**Fr. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro**

(Se continuará).

## LA MUERTE DE FEIJÓO.

En los alrededores del suntuoso monasterio de San Vicente, hallábanse reunidos á la caída de la tarde del día 26 de Setiembre de 1764, la mayoría de los vecinos de la nobilísima ciudad de Oviedo. En confusa mescolanza agrupábanse á las puertas del convento frailes y estudiantes, caballeros é industriales, labriegos y mendigos... Las muchedumbres tienen una fisonomía y en la de aquella abigarrada multitud, se reflejaba la pasión de ánimo menos conocida de las turbas: el pueblo de Oviedo estaba triste, gravemente triste. Oigamos alguno de los diálogos entablados en voz baja y acompañados de ademanes casi solemnes que oyeron en aquella ocasión los muros del viejo monasterio:

—Ya sabe vuestra merced, decía un personaje sumamente flaco y de raído traje dirigiéndose á un señor obeso y grave, ya sabe vuestra merced que entiendo un tantico de astrología... Pues bien, he pasado la noche en claro estudiando la disposición de las estrellas y... vamos... las cosas se presentan muy mal para el Padre Maestro... Las estrellas no le conceden ocho días de vida y las estrellas no mienten, ni se engañan...

—Podrá ser, pero el caso es que recuerdo perfectamente haberos oído esa misma predicción hará cosa de seis meses...

—Desengañese usía, clamaba mas lejos un individuo, cuya condición de Escudero denunciaba el tradicional baston adornado con la simbólica serpiente, el Padre Maestro ha entrado en uno de los años mas climatéricos de la vida. Nueve veces nueve, hacen ochenta y uno... con siete son los ochenta y ocho de su edad. ¡Fijese V. bien! ¡Dos nueves y un siete!

—Por esa cuenta, respondía su interlocutor sintiendo erizársele su enorme peluca de magistrado, yo que tengo cincuenta y ocho años, estoy pasando sin apercibirme de ello un climatérico terrible... siete por siete dan cuarenta y nueve, y con nueve son mis cincuenta y ocho. Vea usarcé lo que son las cosas... ¡Yo estaba persuadido de que gozaba la salud mas excelente del mundo!

—Señores, hacia observar tímidamente un fresco y galano abate, el Padre Maestro no ha cumplido aun los ochenta y ocho años!

—Peor, mucho peor; replicaba el Galeno sin desconcertarse, el número ochenta y siete es fatal tambien... por aproximacion!

Un cura de anguloso rostro exponía arremangando los manteos y acercando discretamente su boca al oído de una vieja, tal vez su hija de confesion.

—Bien hace el Padre Maestro en morir se á tiempo... Sé de bonísima tinta que la Santa Inquisicion estaba á punto de condenar por depravadas cuatro de sus últimas *Cartas...* Desde el asunto de las flores de S. Luis del Monte, no estaban sus escritos en olor de santidad para el Tribunal.

—¡Ay Padre, los milagros no sobran nunca... Hay un Dios, y por consiguiente tiene que haber milagros.

—¡*Nego majorem!* repicaba con truhanesca sonrisa un estudiante que no habia leído á Voltaire, pero que lo presentia.

—¡Dios premiará su caridad en el cielo! murmuraba un andrajoso coro de mendigos.

## II.

En una apartada celda del monasterio, á cuyas puertas dejamos á la gárrula turba, agoniza un anciano monje, en cuyo austero semblante visiblemente enflaquecido por la enfermedad, se marcan las huellas de una vida consagrada al estudio y meditacion de los mas árdus problemas. En su frente espaciosa y levantada se observa una profunda arruga vertical, clara muestra de una voluntad firme y de un alma enérgica; en sus ojos hundidos en las órbitas, chispea y arde todavía la misteriosa lumbre de las ideas, y en sus labios severos y contraídos palpita aun el eco de la verdad que siempre hallara refugio en ellos.

No se halla solo el moribundo; á su cabecera se encuentra el abad de S. Vicente, viejo de bondadoso semblante y de dulce aspecto.

—Ánimo, Padre Maestro, decia con ficticio acento de regocijo el abad. La muerte no vendrá tan pronto á buscaros, porque tiene miedo de aquellos que saben esperarla á pié firme. Si Dios lo quiere, aun os hemos de ver en el coro acompañándonos desde vuestro silloncito de ruedas, no una sino muchas noches.

El enfermo movió melancólicamente la cabeza y contestó con voz cascada aunque inteligible:

—No me apena dejar el mundo donde ya de nada sirvo.

—¿Qué estais diciendo? El dia de vuestra muerte será un dia de luto para España. ¿Qué digo para España? Para el orbe entero que admiraba la sabiduria de vuestros escritos.

—No. En un rincon de Galicia, mi amadísima tierra, me llorarán mientras vivan algunos seres oscuros, pero que me quieren con o á pedazo de sus entrañas; pero en la córte hablarán de mi muerte en las tertulias dos ó tres noches, al cabo de las cuales se apresurarán á dar sepultura á mi recuerdo para seguir ocupándose en las frivolidades de costumbre. Hermano mio, ya sabeis que no he sido de los últimos en sos'ener que la gloria póstuma es una quimera. El olvido de los hombres no me

afiligirá dentro de mi sepulcro. Lo que me contrista y abate es el ver que han resultado estériles todos mis esfuerzos en pro de la causa mas santa de la tierra. la verdad! Hoy, sentado á la orilla de ese mar proceloso, cuyas ondas he surcado ayer sin mas amparo que el de mi conciencia, desfallezco y suspiro. No me rinde la fatiga sino el desaliento. He tratado de aliviar al vulgo de la pesada cadena de sus preocupaciones y la feroz bestia ha mordido la mano libertadora. Tenia razon el vulgo en aborrecerme. Era feliz como lo son las abejas que labran hoy el mismo panal que hace seis mil años, y he querido arrancarle esa felicidad y enseñarle á pensar. ¡Pensar! El pensamiento es un dolor. Acaso la obra no ha podido llevarse á cabo por debilidad ó ignorancia del obrero. El caso es que el vulgo sigue quemando incienso en las aras de sus viejos ídolos, el error y el engaño. En cualquiera viejecilla de corva nariz y apergaminado rostro, vé el vulgo una bruja emparentada directamente con Belcebuth á Astaroth. Mira á Jesucristo alumbrando con un candel la artesa en que amasaba pan una monja perezosa y halla en este rasgo mas sublimidad que en todos los de la vida de Jesus. Se encoje de hombros cuando se le habla de los maravillosos descubrimientos de la fisica moderna y se extasia ante las predicciones de ilusos ó estúpidos componedores de Almanagues... Esto, en cuanto al vulgo iliterato: el otro vulgo, el vulgo científico, es peor todavía. El vulgo de los médicos consume largas vigiliias en averiguar si la sarna existe *per se* ó es una modificacion de la *substancia-enfermedad*. El vulgo de los teólogos escribe enormes infólios sobre la cuestion de la *gravia suficiente* ó bien descubre un diablo nuevo y le bautiza con un nombre que, eso si, huele á azufre y á demonios de una legua. El vulgo de los políticos... Pero dejemos esa enumeracion fatigosa é inútil. El vulgo es y será siempre vulgo, hermano mio.

El abad le miraba con visible sobresalto. No podia ocultar la sorpresa que le producía el ver á su anciano amigo, privado casi completamente de la voz hacia algunos meses, recobrando repentinamente todas sus facultades.

Era aquella la última llamarada de la lámpara próxima á extinguirse.

Esta larga peroracion, interrumpida á veces por una tos seca y pertinaz, habia agotado las fuerzas del moribundo. En sus mejillas aparecieron esas manchas rojas de tan funesto agüero en los últimos periodos de una dolencia.

El sol se ocultó tras de las montañas... Las nubes del ocaso se tiñeron de un color vivísimo de púrpura y el cielo parecia inflamarse con los rojos fulgores del incendio.

Súbitamente, dejose oír una vaga gritería á las puertas mismas del convento, que fué gradualmente creciendo hasta hacerse atrojadora.

El enfermo interrogó con los ojos al abad

el cual se apresuró á dar á un lego la órden de que inquiriese la causa de aquel tumulto.

El lego volvió á los pocos momentos sofocado mas por la emocion que por el cansancio.

—Padre Maestro, dijo dirigiéndose al enfermo. El cielo tiene color de sangre...

La gente ha clamado ¡milagro! y se empeña en que se le abran las puertas del convento para subir á besaros la mano.

Una sonrisa de infinita amargura crispó los lábios del moribundo.

—¡Siempre vulgo! murmuró volviéndose del otro lado.

Tales fueron las últimas palabras del PADRE MAESTRO FR. BENITO JERÓNIMO FELJÓO, autor del *Teatro critico universal*.

Orense 22 de Octubre de 1876.

Jesús Muruais.

## UNA ROMERIA EN GALICIA.

(Conclusion).

Alli congregados en el estrecho recinto de aquel humilde santuario; y despues de asistir á la funcion religiosa, cuya solemnidad nada dejó que desear, era de ver como todo aquel concurso tan silencioso, y al parecer tan devoto durante aquella ceremonia, se dispersaba en tropel y confusa algazara dividiéndose en numerosos grupos, llevando cada uno por emblema su respectiva *cesta ó merienda* verdadero album gastronómico compuesto de todo género de viandas abundantes y succulentas, como luego podremos observar.

El caracter gallego generalmente dulce y hospitalario á la par que alegre y festivo, se dibujaba en aquellos instantes con todos los rasgos típicos de su peculiar organismo; asi que honrados á cada paso con sus generosos é insistentes ofrecimientos, á medida que ibamos recorriendo aquel animado vivac de puestos ambulantes de mesas campestres, de génius alegres y bulliciosos todos constituyendo una exacta parodia del *fiet unum obile* de San Pablo, y todos divirtiéndose en amoroso y fraternal consorcio, hubo momentos en que recordando las costumbres de la vida patriarcal, de aquella vida inocente y propiamente virginal, nos creimos trasportados á aquellos felices tiempos en que el augusto lazo de una igualdad y fraternidad comun unia todos los intereses y aspiraciones, mientras que el espíritu corruptor y egoista de las generaciones sucesivas no hizo añicos sus estrechas y santas ligaduras.

Galicia, pues, es el pueblo que conserva mas vivas sus antiguas tradiciones de raza y nacionalidad, nunca tan manifiestas como en las reuniones de esta índole. El caracter nómada y aventurero del fenicio, el valor del suevo, la gravedad del godo, la circunspeccion del griego y la prudencia y severidad del romano, todo, todo se trasparenta á poco que uno fije su atencion, en el descendiente pri-

mitivo de los antiguos celtas con quien han entroncado posteriormente esa variedad de progenituras, á medida que han ido ensanchando la esfera de sus conquistas. ¡Cosa admirable! pero lo cierto es, que cada generacion lleva siempre impresa alguna huella de su génesis primordial, que ni el tiempo borra, ni la mancomunidad con otras extingue por completo.

Aun cuando parezca una paradoja, el gaitero siempre escogido entre los de su clase, componen en estas funciones el primer papel. El es quien, como suele decirse, lleva la batuta en todo lo que se refiere al baile y al órden de la funcion, sin que las diferentes *murgas* que por el campo circulan, puedan ni se atrevan á invadir sus supremas atribuciones que son inviolables. Asi que dada la señal por el del *S. Tirso*, de que la hora de la mesa había concluido y la del baile iba principiar, todo aquel campamento diseminado momentos antes por la circunferencia del santuario, comenzó á ponerse en movimiento abandonando casi de repente sus trincheras, que á su vez fueron invadidas en son de formidable avalancha por numerosas tropas de mendigos que á porfia corrian á disputarse un trozo de un capon ó de una perdiz, de una empanada ó de una tortilla disperso y abandonado por todo aquel desierto bazar de gastrónomos de todas clases y condiciones.

El baile principia y la fiesta se generaliza. La histórica, la bella, la tradicional y seductora *Muiñeira*, tan celebrada en Galicia, como poco conocida en otras provincias, es ejecutada con una gracia imponderable por multitud de parejas, acompañandola con las repetidas vibraciones de sus castañuelas, manejadas con admirable soltura.

Despues de esta ó á la par de la misma la *Jota* y el *Fandango*, bailados con esa pureza y gracia propia de las airoas ribereñas de la costa cantábrica, entran tambien á ocupar su respectivo turno.

Al baile sucede el cántico, y aquí, si se quiere, entra la parte mas amena y divertida de la funcion. Coros de jóvenes de ámbos sexos reunidos en pequeños círculos empiezan á entonar sus trovas en que el idilio y la barcarola intercalados con algunos aires nacionales, en los que si escasea el metro no asi la inspiracion, forman un contraste admirable y entretienen grandemente la atencion del espectador con sus agudos chistes y chispeantes epigramas.

Durante esta escena hemos podido observar que el dialecto gallego tan cadencioso y meliflúo en su pronunciacion, hablado con la debida propiedad y con aquella pureza con que allá por los tiempos del rey D. Alonso el VI, tenia el carácter de idioma, se presta cual ninguno á esta clase de caprichosos giros y combinaciones poéticas; asi, pues, condenamos del mismo modo á los que le ridiculizan por sistema, como á los que le adulteran por ignorancia.

Por último, el proverbial *Alalala*, inaltero-

ble, y religioso legado de la dominación árabe en dicho país, es el ritmo obligado con que el habitante del campo termina siempre sus estrofas, en el que sin conocerlo dirige una alabanza á Dios y un saludo á su semejante.

Confesamos ingenuamente que empapada por completo nuestra alma en medio de aquellos momentos solemnes de expansión y de vida, nuestro gusto, nuestro deseo, así como el de todos los romeros en general, hubiera sido que la fiesta del *S. Tirso* principiase todavía en el momento que iba á tocar á su fin.

Pero ¡triste y quimérica ilusión! Aquel era llegado en alas de los primeros tintes del crepúsculo de la tarde que el astro solar próximo á su ocaso, trazaba ya en el horizonte. A su anuncio, todas aquellas masas compactas comenzaron á disolverse, retirándose en distintas direcciones, comentando cada una los diversos accidentes que habían presenciado ó intervenido durante la fiesta. Y nosotros, siguiendo su ejemplo y llevando de ella en nuestra memoria un grato é imperecedero recuerdo, nos despedimos del *S. Tirso* y de su ermita ¡tal vez para no volver á visitarle mas!

Jacobo Araujo.

## LOS CASADOS.

Si quieren ustedes acompañarme, tengo que hacer unas cuantas visitas, y con este motivo podremos conocer algunos matrimonios, que vengo tratando y son dignos de estudio.

¿Han dicho ustedes que no tienen inconveniente en seguirme? ¿Si? Pues, andando.

### I.

Llegamos á casa de Lopez.

—¿Están los señores?

—Pasen ustedes.

—¿Están ustedes buenos? ¿y los niños? ¡Qué monos! ¿Este es el mayorcito, eh? Vaya, vaya ¿con qué ustedes tan retirados siempre?... etc. etc....

El marido es hombre alegre, de buen carácter, obsequioso, amable y amante de su mujer, como pocos.

La esposa, por el contrario tiene cara de pocos amigos; siempre se la vé de mal talante, seria, reservada, con la boca fruncida y los ojos entornados. Habla poco y procura siempre aparecer contraria á las ideas de su marido.

Cuando este quiere salir á paseo, ella ha de oponer obstáculos. Si él ha pensado quedarse en casa, la mujer significa sus deseos de salir á tomar el aire.

En este matrimonio se observa que es ella la perturbadora, la discolá y la pendenciera.

Si uno de los chiquillos se pone enfermo, el padre se apresura á buscar remedios, á llamar al médico, á revolver la casa. La madre permanece sentada sin cuidarse del angelito

y cuando mas, refunfuña entre dientes, asegurando que su marido tiene la culpa, porque le ha dado fruta al chico y se le indigesta siempre.

Lopez tiene demasiada paciencia: soporta con resignación las ridiculeces de su consorte y es feliz en medio de todo.

Ella en cambio no tiene reparo en asegurar á cuantos quieren escucharle, que su marido es un majadero, que no ha pensado nunca en otra cosa mas que en cuidar á los chiquillos y en cuidarla á ella y no hizo en su vida nada de provecho.

Matrimonios como este, se encuentran pocos.

Vamos á otra cosa.

### II.

Visitaremos á Eduardo y Consuelo; estan recién-casados y han ido al altar saturados de amor y de ilusiones.

Fácil es que no quieran recibirnos; pero de todos modos, llamémos.

—¿Los señoritos?

—Voy á ver si están en casa.

—Diga V. que hemos salido—oímos decir á Eduardo en voz baja dirigiéndose á los criados.

—¿No se lo decia á ustedes?

Es inútil contar con dos recién casados.

¡Tendrán tantas cosas que decirse á solas!..

### III.

—¿Estan en casa los señores de Martinez?

—Adelante, amigos míos, adelante—dice la señora saliendo á nuestro encuentro.

Es una mujer guapota, fresca y alegre; muy expresiva, que besa con desenfado á las señoras y aprieta la mano á los caballeros.

Desde el primer momento se adivina, al ver á es a señora, que ha nacido para estar casada, Efectivamente, es de las que adoran á su marido y no son felices mas que á su lado.

Pero él no piensa en este punto de la misma manera: el prefiere á cualquiera otra mujer que no sea la suya.

Delante de personas extrañas lo verán ustedes excesivamente amable, hablando siempre de las excelencias de su compañera.

—*Esta*—dice siempre refiriéndose á su esposa—es una mujer especial para hacer dulce de membrillo.—*Esta* sabe siempre arreglarse con cuatro trapos.—Siempre le digo á *esta* que no sé como se compone para gastar tan poco...

Queda solo el matrimonio, y ella que ha sido feliz al verse alabada por su marido en visita, tiene que soportar la severidad de éste, que apenas la dirige la palabra, como no sea para regañarla porque ha dejado salir á paseo á los chiquillos, ó porque está arrugada una camisola.

Mucha virtud necesita la mujer de Martinez para que nadie haya tenido aun que señalarla con el dedo.

¿Llegará al final de su vida sin dar un mal paso?

Lo dudo.

## IV.

Ahora visitemos á otro matrimonio, como hay muchos.

Nos recibe la señora porque el marido está muy ocupado con la política.

Hace dos días que apenas come, que viene á dormir á las mil y quinientas y se vuelve á marchar sin decir adiós á su mujer.

Ella, aunque nos dice que está disgustadísima por esto y que teme que su esposo se ponga enfermo, no se preocupa gran cosa ni siente poco ni mucho las continuadas ausencias de su marido.

Los chicos están entregados á las criadas que los sacan á paseo y los acuestan, la mayor parte de las noches sin cenar.

Su mamá no cesa de repetir que son unos diablillos mal educados de los que no logra hacer carrera; pero la verdad es que la tienen sin cuidado sus diabluras, que jamás peleó con ellos ni tiene gana de pasar malos ratos, según dice á su marido, en los pocos momentos que lo vé y lo habla.

Este matrimonio es de los que viven como Dios quiere.

Cada cual anda, por su lado.

## V.

Veamos otro y será, por hoy, el último de que me ocupe.

Advierto á ustedes que es de los mas empalagosos que conozco.

La criada nos introduce en la sala y al poco rato entran marido y mujer cojidos de la mano: nos saludan con exageradas contorsiones de cuerpo y vienen á sentarse el uno cerca del otro.

En toda la visita no cesará ella de mirarlo tiernamente y él de sonreír haciendo guiños á su esposa.

—Nosotros no salimos jamás—dice ella—porque *mi Fabriciano* se aburre allí donde hay mucha gente.—Somos amantes de la soledad; generalmente nos dirijimos al *Retiro* ó al paseo de los *Melancólicos*.

Cuando, terminada la visita, dejamos al matrimonio ridículo, volvemos la cabeza y nos hallamos á Fabriciano rodeando la cintura de su esposa.

Ni aun nos han dado tiempo que estuviéramos en la calle. Es necesario que nos convezamos todos los mortalés de que se aman como unos tortolitos.

Dos libre á ustedes de tropezar en el mundo con una pareja así, porque donde quiera que estén se pondrán á decirse monerías y á mirarse con languidez y se le indispondrá á ustedes el estómago.

¡Mire V. lo que son las cosas! casi prefiero un matrimonio de esos que se ponen á disputar delante de gente y se echan en cara sus defectos, dando lugar á que V. tenga que intervenir, lo cual trae siempre resultados trisísimos.

Suspendamos por hoy las visitas de matrimonios.

Tiempo habrá de ocuparnos de este asunto con alguna mas detención.

Pásenlo ustedes bien, lectores.

Luis Taboada.

## LA MADRE CON EL NIÑO QUE DUERME.

(Traducida del libro gallego *ESPIÑAS FOLLAS E FRORES de Valentin L. Carvajal*).

## I.

Callad, callad por favor  
Que está mi niño durmiendo  
Con la paz hermosa y dulce  
De los ángeles del cielo  
Callad y no hagais ruido;  
Cuando dormido lo veo,  
Procuró que no se oiga  
Ni un leve rumor, no quiero  
Que nada venga á turbar  
De mi niño amado el sueño,  
Pues ¿quién sabe si con Dios  
Conversa en este momento?

## II.

No quiero besarlo ahora,  
Porque gozo mas en verlo  
Entre mis brazos dormido:  
Como soy su madre, tengo  
Cuando despierte llorando  
Que acallarle con mis besos  
Y dar expansion entonces  
A mis afecciones puedo.  
Chist... Callaos! ¿No escuchais  
El respirar de su aliento?

## III.

Ayer noche el pobrecillo  
No durmió, tenía miedo  
Y lloró cual si se viese  
En el triste mundo, huérfano,  
Entonces ¡pobre de mí!  
Tuve tantos pensamientos  
Que aunque quisiera deciros  
Lo que sentí, yo no acierto:  
Si llego á morir, si solo  
En esta tierra le dejo  
¿Qué será de él? ¿Quién le puede  
Dar ese cariño tierno  
Que solo sabe una madre  
Guardar celosa en su pecho?

¡Callad, oh, por Dios, no hagais  
Despertar á mi pequeño!

## IV.

Hoy se sonrió, sus ojos  
Azules fijó en el cielo  
Y hablaba de muchas cosas

Mas las hablaba tan quedo  
Que no sé que cosas eran  
Las que le escuché y no entiendo;  
Otra vez de nuevo vuelven  
Las dudas y pensamientos,  
¿Con las almas de los niños  
Hablará Dios desde el Cielo?

## V.

Hoy, en el huerto paseando,  
Vi dos claveles de invierno,  
Uno casi deshojado  
Encima de otro pequeño;  
Entonces, cual si estuviese  
Delante de un limpio espejo,  
Viviente, he visto á mi niño  
Mientras que yo iba muriendo.  
Y es que muchas veces hablan  
Con tal verdad los objetos,  
Que en una flor ven los ojos  
Un mundo de sentimientos.  
¡Ay! ¡En esos dos claveles  
Hallo no sé que misterio!

## VI.

No os riais de mis palabras  
Si es que una loca os parezco,  
Quisiera con blando arrullo  
Adormir á mi hijo bello,  
Para que no suira y lllore,  
Ni padezca cual padezco:  
¡Si fuera un sueño este mundo  
De amor y placeres lleno,  
Para al morir despertar  
En las regiones del Cielo!

Ya despierta... duerme, duerme...  
Eh... eh... eh... duerme pequeño.

**Luis de Castro Valladares.**

## SECCION LOCAL.

En la última sesión del Ayuntamiento de esta Capital se dió cuenta de una solicitud de Don Modesto Fernandez y Gonzalez, vecino de Madrid, pidiendo se le enagene el terreno y sepultura que ocupan en el cementerio, las cenizas de su difunta hermana Doña Genoveba. Aceptado por el municipio el deseo del exponeente y practicada la liquidacion, resulta un ingreso para el presupuesto municipal por esta compra de 1291 reales 85 céntimos, á razon de 55 reales, 18 céntimos el pié cuadrado.

Nos parece exagerado el precio á que nuestro municipio vende el pié cuadrado de enteramiento, pues nos consta que en algunos ce-

menterios de la capital de España, se exige bastante menos.

¿Nó podría rebajarse el tipo hoy que tantas adquisiciones de esta clase se hacen por los particulares?

Nos complacemos en hacer justicia al Ayuntamiento que atendiendo á nuestras indicaciones ha ordenado la reforma de la construccion defectuosa de la calle de Colon, cuyos vecinos se veian amenazados frecuentemente por los aluviones. En nombre de los mismos, agradecemos al Ayuntamiento su determinacion.

*Sr. Director de EL HERALDO GALLEGO*

Orense 17 de Diciembre de 1876.

Mi muy respetable amigo: hace dos meses y medio que en la calle de Lepanto núm. 16, piso 3.º izquierda, existe una enferma, sin mas amparo ni proteccion que la de su esposo, el cual con una paciencia digna de comparar con el Santo Job, cumple su mision de buen compañero, asistiéndola cariñosamente en todas las necesidades de la vida, no obstante hallarse imposibilitado para ganar lo necesario por su oficio.

El facultativo Sr. Romasanta, tambien pone los medios científicos que estan á su alcance, sin abandonarla un momento, cuya conducta digna de ser imitada por sus compañeros, le hace elevar á una altura extraordinaria; llegando hasta al extremo de preparar el mismo los medicamentos y aplicárselos con el auxilio del esposo de la referida enferma, que sirve de practicante en estos casos (pues la misma, está llagada completamente de cintura abajo).

Debido á la clase de enfermedad, á su largo período y á la imposibilidad de poder ganarlo su repetido esposo por las causas expuestas, tiene agotados cuantos recursos estan á su alcance, pudiendo asegurarle á V., que si no fuese el auxilio de algun vecino, el amparo de su repetido esposo y los humanitarios sentimientos de dicho facultativo, ya estaria la mencionada enferma con Dios.

En su consecuencia, quisiera merecer de sus reconocidos y humanitarios sentimientos, se digne disponer la insercion de estos cuantos renglones en su bien dirigida *Revista*, por si alguna persona caritativa de la Capital, tiene la amabilidad de socorrer á esta desgraciada familia con los auxilios que le sea posible y estén á su alcance.

En la seguridad que no desvirará mi súplica, le anticipa las gracias y se ofrece de V. su afectísimo S. S. y amigo

q. b. s. m.

**Manuel Rodriguez Iglesias.**